

## QUESTIONES

SOBRE

### LOS MARTIRES.

Si oigo á un cristiano versado en la historia de los primeros tiempos de la iglesia, y celoso por la gloria de la religion, me dirá: ¡Qué furor el de aquellos emperadores romanos, el de aquellos magistrados, y de aquellos paganos enemigos encarnizados de los discípulos del Evangelio! Por tres siglos enteros no deja de correr la sangre de los cristianos. Los Nerones, los Domicianos, los Decios y Dioclecianos emplean contra ellos todos los suplicios de la crueldad mas refinada: cruces, potros, hogueras, garfos, hasta las garras de las fieras, todo, todo se pone en práctica para atormentarlos. Si algunos decretos favorables de la autoridad imperial producen algunos intervalos de paz, parece que el fuego de la persecucion no se mitiga sino para volverse á inflamar con mas furia; y tres siglos

de nuestra historia son tres siglos de persecucion; pero ¡qué valor! ¡qué heroismo el de los cristianos! El brazo de los verdugos se cansa ántes que la constancia de los mártires. ¡Qué multitud de inocentes víctimas caen por todas partes, bendiciendo á sus asesinos! Se los puede atormentar, pero no se los puede vencer. Sus suplicios son el aliciente que atrae á los paganos á la religion; la sangre de los mártires es semilla de cristianos; y la guadaña que los arrebató, hace brotar otros nuevos. ¡Cuán maravillosa no es tanta fortaleza y magnanimidad! y esto no en el acceso de una efervescencia pasajera, sino por espacio de trescientos años: no en determinados puntos del globo, sino en todas las provincias del imperio romano: no en algunos particulares, cuya educacion, cuyas fuerzas naturales y cuya clase parecian hacerlos superiores á la debilidad del resto de los hombres, sino en una multitud de cristianos de todas edades y de todos estados, desde la adolescencia á la vejez, y desde el guerrero hasta el sexo mas tímido. Y ¿de dónde nacia este heroismo tan superior aun á lo mas sublime que nos presenta en esta clase la antigüedad pagana? Al ver yo tanto valor unido á tantas virtudes, creo haber descubierto



verdaderos sabios, y aplaudo el testimonio que S. Cipriano tributaba á todos los cristianos diciendo: „No somos filósofos de palabras, sino „de obras: no llevamos las insignias de la sabiduría, pero la practicamos: no decimos cosas „grandes, pero procuramos hacerlas.” *Non loquimur magna, sed vivimus* (1). Confieso que este espectáculo de un valor invencible y de las mas puras virtudes me arrebatara de admiración: yo entreveo en esto alguna cosa divina, y hallo en ello una fuerza que no procede del hombre. Si los partidarios de la superstición pudieran conocerse por señales tan sublimes, ¿cuáles serian entónces los caracteres que distinguirían á los secuaces de la religion verdadera? Así habla un cristiano.

Si en seguida oigo sobre el mismo asunto á un incrédulo, me dirá: Los cristianos ponderan mucho sus mártires, como si todas las religiones no presentasen semejantes ejemplos: el judío tambien se dejaría todavía degollar por la ley de Moises, y el Indio se arroja debajo de las ruedas del carro que lleva en triunfo sus ídolos. Todas las sectas cristianas no profesan la verdadera, puesto que profesan dogmas opuestos; y

(1) *De Bona patientia*, pág. 247.

sin embargo desde los donatistas del quinto siglo, hasta los reformadores del diez y seis, todas pueden gloriarse de haber tenido sus mártires. ¿Qué no puede una imaginacion inflamada por los sentimientos religiosos? Pero por último, ¿á qué se reducen vuestras persecuciones de los primeros siglos? Los escritores eclesiásticos han cargado el cuadro con los colores mas negros, y la credulidad repite lo que ha sido desfigurado por la preocupacion y el espíritu de partido. ¿Qué reconvenccion teneis que hacer á un Trajano, á un Antonino, á un Marco Aurelio, á un Adriano, á un Alejandro Severo y otros emperadores? ¿Os imagináis á los señores del imperio como unas fieras sedientas de sangre? El mismo Diocleciano era demasiado hábil en el arte de reinar, para no ser mas que un monstruo de ferocidad. Los cristianos eran desobedientes á las leyes: mas de una vez provocaron la venganza de ellas con sus insultos á los dioses y á la religion del imperio; y odiosos al pueblo que pedia su sangre, fueron muchos, si se quiere, sacrificados por política. En esto no hay triunfo alguno que alegar; y en todo caso, si fuese preciso reconocer en el valor de los mártires alguna cosa extraordinaria, todo se explicaria con estas dos



palabras, *superstición, fanatismo*. De este modo han hablado los filósofos del siglo diez y ocho.

¿A quién, señores, deberémos creer, al cristiano, ó al incrédulo que acabais de oír? Discutamos con la mas severa imparcialidad cuanto en esta materia puede haber á favor y en contra, y no fallemos, sino despues del mas premeditado exámen. ¿Cuál es el asunto de que se trata? ¿En qué estan acordés ambos partidos, y en dónde empieza su division? Que en la primera edad del cristianismo se suscitaron persecuciones contra él, que en estas perdió la vida un gran número de cristianos, y que estos mártires sufrieron la muerte con un valor asombroso, son hechos en que ambas partes convienen; por consiguiente lo que debe aclararse en la materia es la duracion y violencia de las persecuciones, el número é inocencia de los cristianos sacrificados, y la gloria que puede resultar de su muerte á la religion. Al efecto propondrémos las tres cuestiones siguientes: Primera: ¿Es cierto que las persecuciones suscitadas á la iglesia en los tres primeros siglos han sido tan multiplicadas y crueles como lo suponen los cristianos? Segunda: ¿Qué es lo que nos refiere la historia en cuanto al número de

los mártires, á las causas y circunstancias de su muerte? Tercera: ¿Qué utilidad pueden sacar de la historia de los mártires los apologistas de la religion cristiana? Esta es la materia de la presente conferencia.

No intento, señores, cansar vuestra imaginacion con la descripcion circunstanciada de los suplicios sangrientos é inauditas crueldades que presentan en cada página los anales de la iglesia primitiva; pero siempre deberé referir lo que sea necesario para sentar de un modo incontestable la larga duracion y barbarie de las persecuciones; y por lo que diga podreis sin dificultad suponer lo que callo. Para facilitaros, si fuese preciso, su creencia, y escudaros contra la inverosimilitud de aquella serie de escenas crueles, de que fué teatro el mundo cristiano, me bastará recordaros las circunstancias en que apareció la religion cristiana, cuáles fueron sus máximas, y cuán sanguinarias eran á la sazón las costumbres del pueblo romano.

Tenia el imperio sus dioses, sus templos, sus sacrificios y su religion pública; y estaba apoyado el paganismo en las leyes, en la autoridad de los emperadores y de los magistrados, y en la credulidad y usos del pueblo: cuando he aquí que los cristianos se presentan profesando



abiertamente una religion nueva, y calificando la establecida como una supersticion abominable. Su primera obligacion era huir de los templos de los ídolos, manifestarse opuestos en sus discursos y conducta á los paganos, y abominar todo lo que era objeto de la pública veneracion; por solo esto era natural que se sublevase contra ellos el mundo pagano. Así es que el filósofo no veia en los secuaces de un Dios crucificado mas que una secta extravagante y ridícula, el magistrado unos novadores peligrosos, el pueblo unos impíos enemigos de los dioses, y los sacerdotes de los ídolos unos terribles rivales: impúntanseles los crímenes mas horrendos, y se los acusa de ateos, porque no adoran los falsos dioses: si en sus reuniones religiosas se dan muestras de una caridad enteramente fraternal, se les atribuyen amores incestuosos; y si participan del pan eucarístico, se los acusa de infanticidios, y de renovar el banquete de Thyestes. Estas son las acusaciones que se vieron precisados á rechazar Justino, Atenágoras, Tertuliano, Origenes y Minucio Felix. Espárcense estas calumnias, y se les da crédito en todas las provincias del imperio: ¿y cómo disiparlas una vez establecidas y arraigadas? No solamente dominan estas preocupaciones al

pueblo, sino que se apoderan tambien de los sugetos mas instruidos y de mas consideracion. Suetonio elogia á Neron por haber condenado al último suplicio á los cristianos, „cierta clase „de hombres entregados á una nueva supersti- „cion maléfica:” *genus hominum superstitionis novæ, et maleficæ* (1). Tácito en sus *Anales* (2) los pinta como hombres detestados por sus crímenes y convencidos de estar odiados del género humano. En efecto, por todas partes se les considera como enemigos irreconciliables de los dioses y del estado; y si alguna plaga, como la peste, el hambre ó las inundaciones desuelan las provincias, se les atribuyen tambien estas calamidades. En vista de esto ¿qué aborrecimiento no se les tendria? ¿Y es extraño que se hubiese armado contra ellos todo el furor de las pasiones?

¿Cuánta no era ademas la ferocidad del pueblo romano! ¿y no deberia complacerse en hacer correr la sangre cristiana una gente cuyas fiestas eran asesinatos? ¿Hubo acaso entre los emperadores romanos alguno mas afable y clemente que Tito? Sin embargo este mismo Ti-

[1] Suet. in *Neron.* cap. 16.

[2] Lib. XV. cap. 44.



to para celebrar en Cesarea de Palestina el aniversario del nacimiento de su hermano, ordenó fiestas públicas en que se vió perecer á mas de dos mil y quinientas personas, ó devoradas por las fieras, ó consumidas por el fuego, ó muertas en los combates de los gladiadores; y su humanidad no le impide cuando celebra en Berito los dias de su padre Vespasiano entregar millares de judíos para ser devorados por las fieras (1). En vista de tal preocupacion contra los cristianos, y tales costumbres entre los romanos, ¿extrañaremos lo que nos dice Orígenes en una de sus homilias (2): „El senado el pueblo, los emperadores romanos han decretado que no haya cristianos?”

Pero huyamos de toda exageracion, y no altere la fantasía con falsos colores la verdad de la historia: consultemos los monumentos de la antigüedad, así profana como sagrada. ¿Qué escritor eclesiástico, apologista, historiador, orador ó teólogo de los cinco primeros siglos ha dejado de referir en sus obras las persecuciones de los cristianos, de elogiar el valor de los mártires, y los triunfos de la iglesia? Todos,

[1] Josephus. *De Bello Jud.* libro VII., cap. 3.

[2] *In lib. Josue*, Hom. IX. n. 10.

aun viviendo en diferentes épocas y en distintos puntos, en Asia, en Africa, en Italia, en las Galias, todos estan acordes en esto. ¿Qué hacen S. Justino, Tertuliano, Atenágoras, Orígenes, Teófilo de Antioquia, Meliton de Sardis y Minucio Felix en sus apologías? No solo establecen la verdad de la religion, sino que vindican á los cristianos de las atroces calumnias de sus enemigos, lamentándose sobre todo de que no se cese de perseguir á unos inocentes, cuyos delitos se reducen á su nombre de cristianos. ¿Qué decia S. Cipriano á Demetrio, Procónsul de Africa (1)? „Despojais, encarcelais y cargais de cadenas á inocentes; los entregais sin piedad á las fieras, á las llamas, y á la cuchilla de los verdugos: os complacéis en prolongar sus suplicios, y una ingeniosa barbarie inventa nuevos tormentos: ¿qué rabia insaciable es esa, y de dónde puede nacer ese desenfreno de crueldad que os arrebatá?” *Quæ hæc est insatiabilis carnificinæ rabies; quæ inexplebilis libido sævitie?* ¿Quién tampoco mas sabio ni mas inmediato á los hechos que Eusebio, historiador eclesiástico del siglo IV? ¿y hay uno solo de los diez libros que forman su *Historia*,

[1] *Ad Demstr.* pag. 220.



en que no hable de las persecuciones suscitadas bajo del reinado de diferentes emperadores? Lactancio escribió un libro titulado *De la Muerte de los Perseguidores*, en el que nombra á seis emperadores enemigos encarnizados de la iglesia cristiana, cuyo trágico fin parecia ser efecto de la venganza del cielo. En él describe mas particularmente las persecuciones de Diocleciano, de Maximiano y de Galerio, que fueron las mas largas y crueles de todas. ¿Y no vivió Lactancio en medio de los furios de la persecucion? ¿No fué uno de los mas grandes ingenios de su siglo, y tan distinguido por sus talentos y virtudes, que el emperador Constantino le llamó á su lado, y le confió la educacion de su hijo? Observemos por último que la conversion de Constantino el Grande fué celebrada precisamente como la época de la restitution de la paz á las iglesias, despues de las tempestades con que habian sido combatidas en los precedentes reinados. No eran pues hombres necios todos los escritores eclesiásticos, ni poseidos de un mismo delirio han soñado persecuciones que no existian.

¿Qué nos dicen ademas los autores paganos? Oid á Tácito (1). El pasaje que cito es sin du-

[1] *Annal.* lib. XV. cap. 44.

da bien conocido; pero es preciso por el interés de mi causa, que recuerde lo que dice relacion con mi asunto. „Se atribuyó á Neron ser el „verdadero autor del incendio de Roma; mas él „para sofocar este rumor presentó á otros co- „mo reos de este crimen, y castigó con supli- „cios muy exquisitos á los que el pueblo llama- „ba cristianos.... Se castigó primeramente á „los que confesaban serlo, y despues á un „gran número que se descubria por la con- „fesion de los primeros; pero ménos como con- „victos de ser los autores del incendio, que de „ser aborrecidos del género humano. Su muer- „te se miró como una diversion: cubiertos unos „con pieles de animales fueron devorados por „los perros, y otros amarrados á estacas fueron „quemados para servir de luminarias durante „la noche. Neron cedió sus jardines para este „espectáculo, y aun él mismo se presentó en tra- „ge de cochero, y subió en un carro como en „los juegos del circo.”

Esparciano, en la vida de Severo nos cuenta, que este emperador prohibió bajo de las penas mas severas abrazar el judaismo y el cristianismo: *Judæos fieri vetuit; idem etiam de christianis sanxit* (1); y Lampridio, en su vida

(1) Spartian. in *Sever.* cap. 17.



de Alejandro Severo, nos dice que propicio este emperador á los cristianos, los dejó vivir en libertad: *Christianos esse passus est* (1): de donde se infiere que esta tolerancia no habia sido comun.

Sabemos tambien por Lactancio (2) que, aun en el reinado de aquel príncipe mas tolerante que otros, reunió Domicio Ulpiano, prefecto de Roma, en una obra titulada: *Obligaciones del Procónsul*, los rescriptos de los emperadores contra los cristianos, á fin de que el Procónsul supiese á fondo los diferentes suplicios con que se debia castigar á los que profesasen esta religion. Calcúlese por la obra de este pagano, cual seria el odio que habia animado hasta entonces á los romanos contra el cristianismo.

Es bien terminante ademas el testimonio del sofista Libanio en su elogio de Juliano Apóstata: en él alaba á su héroe, porque persuadido de que el cristianismo habia tomado fomento en la carnicería hecha en sus secuaces, no siguió en este punto los pasos de sus predecesores, que habian empleado contra ellos los mas crueles suplicios.

(1) Lamprid. in *Alexand. Sever.* cap. 22.

(2) *Divin. Inst.* lib. V. cap. 11.

¿Queréis un documento original conservado por Eusebio? (1) Ved una carta del emperador Maximino II. Enemigo este de los cristianos al principio, varió luego por política, y escribió á los gobernadores de las provincias que le obedecian una carta favorable á la religion, pero que indica haber sido ántes horriblemente perseguida. Empieza en estos términos: „Creo „que sabeis, y que todos saben tambien, de qué „modo Maximiano y Diocleciano, nuestros pa- „dres y predecesores, habiendo visto que casi to- „dos los hombres abandonaban el culto de los „dioses para hacerse cristianos, mandaron con „mucha justicia que se obligase por medio de „suplicios á volver á su religion á todos aque- „llos que la hubiesen abandonado.” Ya veis, señores, la conformidad en este punto de los autores, tanto paganos como cristianos.

Es cierto que en el largo periodo de tiempo que medió entre Neron y Constantino tuvo el imperio romano príncipes dignos de gobernar á los hombres; pero aun estos mismos, si no expidieron edictos sanguinarios contra los cristianos, dejaron subsistir y ejecutar los de sus predecesores, y toleraron con extrema debilidad

(1) *Hist. Eccles.* lib. IX, cap. 9.



los excesos cometidos por los gobernadores de las provincias, por los magistrados y el pueblo en aquellos tiempos de anarquía y disolución, que preparaban la ruina total del imperio. Trajano fué sin duda un gran príncipe, y sin embargo fué el que condenó á S. Ignacio, obispo de Antioquía, á ser arrojado á los leones en el anfiteatro. Plinio, gobernador de Bitinia, aterrado de que se hiciese morir tanta multitud de víctimas inocentes, escribió sobre esto á Trajano; ¿pero cuál fué la respuesta del emperador? „Que no se debe pesquisar á los cristianos; pero que si son delatados, se los debe interrogar, y castigarlos si confiesan ser cristianos (1):” respuesta singular que solo podia producir delatores y mártires, que es lo que sucedió segun refiere Eusebio.

Tampoco Antonino Pio, Marco Aurelio y Vero fueron perseguidores bárbaros; y sin embargo á ellos es á quienes S. Justino se queja en su Apología de las inicuas persecuciones ejercidas contra los cristianos. A Marco Aurelio es á quien Meliton dirigia las palabras siguientes conservadas por Eusebio (2): „¡Cosa inaudita!

(1) Plin. *Epist.* lib. X, ep. 98.

(2) *Hist. Eccles.* lib. IV. cap. 26.

„La inocencia es hoy perseguida, oprimida en las provincias del Asia con motivo de nuevos decretos: á la sombra de los edictos imperiales, trabajan noche y dia impudentes delatores, codiciosos de los bienes ajenos para despojar de ellos á los inocentes. Si todo esto se hace por orden vuestra, ó gran príncipe, debemos someternos y recibir la muerte: solamente os pido que examineis por vos mismo á los que se acusa, y determineis con vuestra equidad si deben morir, ó si los juzgais dignos de vivir; pero si los decretos con que esto se autoriza, y que ni aun contra los bárbaros deberian darse, no son obra vuestra, no haremos mas que suplicaros aun con mas instancia que no permitais seamos víctimas de tales atropellamientos.” Ahora podreis dar su justo valor á esas vagas aserciones de Voltaire en su *Historia general*: de que Neron, Trajano, Antonino y Marco Aurelio no persiguieron á los cristianos, y que al contrario les fueron favorables: por nuestra parte digamos con Bossuet (1): „Los cristianos fueron siempre perseguidos, tanto bajo del dominio de los buenos como del de los ma-

(1) *Dictionnaire sur l'Histoire universelle*, t. p. A. de J. C. 95.



„los emperadores. Estas persecuciones se hacian „unas veces por órdenes suyas, y por el odio „particular de los magistrados, otras por la se- „dicion de los pueblos, y otras en fin por los de- „cretos promulgados auténticamente en el se- „nado en virtud de los rescriptos de los prínci- „pes ó en su presencia.”

¿Y se podrá dudar aun de la realidad de las persecuciones de los primeros tiempos, de su larga duracion y de su barbarie? Cuando los hechos hablan tan claramente, ¿convendrá atenerse á vagas conjeturas é inverosimilitudes? Nuestros filósofos han acusado á los escritores eclesiásticos de haber exagerado el rigor de las persecuciones. ¡Ah! Esos mismos filósofos han sabido facilitarnos en nuestros dias la creencia, aun de lo mas bárbaro que presentan los tiempos antiguos de la iglesia. ¡Cuántas escenas de horror han puesto á nuestra vista cosas que podrán no parecer mas que sueños! Algun dia tambien, cuando se lean ciertas páginas sangrientas de nuestros anales, rehusará la posteridad darles crédito: notará que el siglo XVIII fué el siglo de las luces, de las ciencias y de las artes, y que las costumbres eran en él mas bien afeminadas que feroces: tal vez opondrá al testimonio de la historia algunas fra-

ses de los libros de nuestros filántropos, si es que llegan á ella, y preguntará cómo pudo conciliarse tanta cultura con tanta barbarie. Ya veis, señores, como se engañarian nuestros nietos si raciocinasen de este modo; pues lo mismo nos engañaríamos nosotros en el dia si quisiésemos juzgar de las persecuciones únicamente por conjeturas y por supuestas imposibilidades. Las apariencias podrian estar á nuestro favor; pero la verdad nos condenaria. Por desgracia cuando se trata de la perversidad de la especie humana, *lo verdadero* puede muchas veces *no ser verosímil.*

Pero ¿qué es lo que la historia nos enseña como cierto relativamente al número de los martires, á las causas y circunstancias de su muerte? Esta es la segunda cuestion.

No es por los Martirologios, ni por el catálogo de los mártires por donde se puede juzgar de su número. ¡Cuántas de estas relaciones deben haberse perdido en la serie de los tiempos, y cuántos millares de víctimas pueden haber quedado en el olvido! Cuando una plaga destructora, tal como la guerra, la peste ó el hambre asuela las provincias de un vasto imperio, se puede muy bien calcular en globo la devastacion, y aun reunir los pormenores particula-



res; pero jamás se pretende haber formado un cálculo aritmético de todas las víctimas. No necesitamos *leyendas doradas*, ni actas falsas que desaprobe la sana crítica; la religión es por sí demasiado sólida para no despreciar tan vanos apoyos. Los enemigos del cristianismo le atacan con mentiras, nosotros pretendemos defenderle únicamente con la verdad. Es muy uniforme en este particular el lenguaje de los escritores eclesiásticos de los cinco primeros siglos; y siempre suponen en sus historias, en sus homilias, en sus apologías y otros diferentes tratados, que las persecuciones sangrientas en extremo hicieron un sinnúmero de mártires: ¿y qué derecho hay para recusar el testimonio de varones tan graves, tan ilustrados y tan eminentemente virtuosos, muchos de los cuales después de ser testigos fueron víctimas de las persecuciones? En cuanto á los demás, como son S. Leon, S. Crisóstomo, S. Gerónimo, S. Agustín, y Teodoro, ¿no debieron tener á la mano y á la vista una multitud de monumentos verídicos y palpables de aquellos tiempos de destrucción y de mortandad que acababan de pasar? Yo bien sé que Orígenes dijo terminantemente que hubo pocos mártires, y que con este dicho creó la incredulidad haber triunfado; pero ade-

mas de que Orígenes escribió ántes de las persecuciones de Decio, de Valeriano y Diocleciano, que fueron las más sangrientas, es evidente que quiso decir únicamente que el número de los mártires fué pequeño comparado con el de los cristianos que se salvaron: „no queriendo „Dios, añade, que la sociedad cristiana fuese „del todo destruida (1).”

Creo deber entrar en algunos pormenores de la persecucion de Diocleciano, la más larga y cruel de todas, y sobre la cual han esparcido los filósofos las nubes de su escepticismo. ¿Y quién debía conocerlos mejor que Eusebio y Lactancio, ambos contemporáneos? Oigamos pues á Eusebio (2): „Es imposible decir qué „multitud de mártires hizo en todas partes la persecucion. *Dici non potest quot et quantos Christi Martires in omnibus locis atque urbibus passim cernere liquerit.* Estas son sus palabras. ¿Qué nos dice además Lactancio (3)? „Toda la tierra estaba cruelmente atormentada; y „el Oriente y el Occidente, á excepcion de las „Galias, fueron asolados y devorados por tres

(1) *Cont. Cels.* lib. III, n. 8.

(2) *Hist. Eccles.* lib. III, cap. 4.

(3) *De Mort. Persec.* cap. 16.



„monstruos.” Fué tan espantosa en efecto la persecucion de Diocleciano y de sus colegas, que se persuadieron haber como destruido el cristianismo en el imperio. „Vemos tambien, se „dice en el Arte de comprobar las fechas, una „medalla de Diocleciano con esta inscripcion: „*Nomine christianorum deleto*, en memoria de „la abolicion del nombre cristiano.” No trato de disputar á Diocleciano sus cualidades guerreas y políticas, ni la tolerancia de los primeros tiempos de su reinado: haya sino ó no hábil en el arte de gobernar á los hombres, siempre es cierto que él y sus colegas fueron perseguidores atroces. ¿Y no era preciso haber hecho correr rios de sangre, haberlo trastornado, dispersado y destruido todo en las borrascas de la persecucion para tener la osadía de vanagloriarse del exterminio de una religion que ocupaba todo el imperio?

No sé que intencion habrá tenido Voltaire al decir: „se ha hecho mención de unos doscientos „mártires en los últimos tiempos de Diocleciano, „no, en toda la extension del imperio romano.” Gibbon confiesa que hubo cerca de dos mil condenados por sentencia judicial.

Este mismo escritor conjetura que la Palestina formaba la décimasesta parte del imperio

de Oriente, y que según Eusebio en su enumeracion particular de los mártires de la Palestina, solo ochenta y dos cristianos tuvieron derecho á esta honrosa denominacion. Sí, este es el número de los que fueron condenados á muerte por sentencia judicial: ¿pero no debe hacerse ningun caso de los que gemian en las prisiones, de los condenados á las minas, de los desterrados, de los que se ocultaban en las cavernas y peñascos de los desiertos, de los que padecieron tormento, y de los que perecieron víctimas de tan cruel trato? ¿De cuando acá se enumeran las víctimas que hace la guerra por solo el número de los que mueren en el campo de batalla?

Eusebio atestigua que en la Tebaida (1) se repitieron los dias en que padecieron martirio desde diez á cien personas á un tiempo; y á buen seguro que no impugnaremos los franceses la posibilidad de tantos suplicios. Con objeto de debilitar este testimonio, observa Gibbon que Eusebio eligió para teatro de esta crueldad inaudita el pais mas aislado y lejano de todo el imperio. ¿Pero camina en esto de buena fe el sofista ingles? Eusebio debia estar muy bien ins-

(1) *Hist. Eccles.* lib. VIII, cap. 9.